



Por: Mariana Hernández Luna
lalunayazul@hotmail.com



LA REVOLUCIÓN HORMIGA

*"Nunca dejes de sonreír,
ni siquiera cuando estés triste,
porque nunca sabes quién se puede enamorar de tu sonrisa"*

Gabriel García Márquez

Tengo un amigo psicólogo que suele decir "infancia es destino" y aunque no me gusta mucho pensar en el destino, porque implica aceptar que ya todo está escrito y que nada puede cambiarse, le concedo algo de razón. Si a un niño pequeño, digamos de 2 ó 3 años, se le demuestra siempre que es querido, que es importante, si se le atiende y escucha, se le trata con cariño y también con firmeza, pero no se le hace sentir como estorbo o se le ignora sólo porque es pequeño, se le deja llorando durante horas porque "los adultos tienen cosas más importantes que hacer"; si se le trata amorosa y respetuosamente, lo más probable es que se convierta en un joven, y después en un adulto, considerado, respetuoso, tolerante y, por supuesto, amoroso. A menos, claro está, que sufra de alguna disfunción o enfermedad mental o cerebral que le impida relacionarse de manera habitual, "normal", con los demás.

Muchos psicólogos insisten en que la infancia del ser humano es crucial, aunque no determinante, es decir, un niño maltratado no necesariamente se convertirá en un adulto abusivo, sin embargo, le costará un esfuerzo adicional, y muy meritorio, dejar ese círculo de violencia para convertirse en una persona feliz, amorosa y productiva. Resulta maravilloso reconocer esa capacidad humana, que todos tenemos, la de modificar cuanto deseamos modificar de nosotros mismos. Estoy de acuerdo en que intentar cambiar lo que nos rodea no es cosa fácil ni depende únicamente de nosotros; aunque siempre tendremos la opción de construirnos a nosotros mismos, de enmendar lo que nos ha dañado, de cambiar el rumbo. Lo que está mal es aquello que nos daña, aquello que no se hizo con genuino amor hacia nosotros mismos o hacia los demás.

Por desgracia, últimamente vemos en la televisión, en los periódicos, en el cine, en los videojuegos y en las calles, que la supervivencia dentro de nuestra sociedad pareciera basarse en la violencia. Nos hemos acostumbrado a ella, la admitimos como parte de nuestra existencia cotidiana. Ya no nos sorprende, ni nos perturba, leer y ver noticias sanguinarias todos los días, nos hemos sumado a la posición de lo irremediable, como si se tratara de un gran río caudaloso y con una fuerte corriente que simplemente nos arrastra. Sin embargo, es la propia -y muchas veces olvidada- naturaleza quien nos muestra ejemplos de contracorriente, como los de los salmones o las truchas.

Nada de lo que yo ahora pueda decir es ajeno a alguno de los que me lee. Creo que, en el fondo,

todos estamos preocupados, todos deseamos ser amados y reconocidos, todos queremos vivir tranquilos y seguros, simple y sencillamente todos queremos ser felices. Y estaremos de acuerdo, muchos de nosotros, en que no es cuestión de "tener" dinero o bienes materiales para ser felices, si no, pregúntele a Britney Spears o a Michael Jackson. Todos sabemos que existe un único valor universal que reivindica y redime todo y del que se desprenden todos los demás: el amor.

A veces, las grandes obras, los grandes cambios, no precisan de grandes revoluciones, basta con que cada uno de nosotros modifiquemos un poquitito nuestras costumbres y hábitos diarios. Por ejemplo, saludemos al conocido o desconocido con un "¡buenos días!" o "¡buenas tardes!" o "¡buenas noches!" o simplemente brindémosle una sonrisa.

Si conducimos un auto, démosle el pase a un peatón o a otro carro; antes de discutir, intentemos entender el enojo de los otros; acariciemos a nuestro perro o gato antes de salir de casa; demos un beso o un abrazo a quienes queremos mucho y nunca se los decimos porque los vemos a diario

o porque suponemos que "ya lo saben". Cuando barramos la banqueta o reguemos los árboles de nuestra cuadra, simplemente hay

que sonreír a todos los que nos encontremos en la calle (conocidos o desconocidos) y verán que, aunque muchas cosas necesiten de mucha más voluntad para cambiar, al menos, ese día habrá sido un día diferente a todos los demás y, se los aseguro, habrá sido muy satisfactorio.

Por tanto, vayamos pues, haciendo una revolución hormiga, de a poquito, de a briznita por briznita, estacionándonos donde no obstaculicemos a los demás, saludando con agrado y cortesía, reclamando sin gritos ni majaderías lo que consideramos justo, poniendo la basura en su lugar, dándole agua de beber a un perro, regando un árbol (aunque no sea nuestro), optando por hacernos responsables de nosotros mismos, únicamente de eso, aquilatando el valor de la vida, no importa desde dónde ni cómo, apreciando el estar vivos y, mejor aún, compartiendo el estar vivos, considerando siempre que cada minuto, cada segundo es siempre una oportunidad única y valiosa que jamás volverá a repetirse.

